



Capítulo 307 - El verdadero duelo de las reinas demonio.

El silencio se extendía por el coliseo como un velo, pesado y denso. Ni siquiera los demonios más audaces en las gradas se atrevieron a susurrar. Los seiscientos mil presentes se quedaron paralizados, como si el mero sonido de su respiración pudiera interpretarse como una provocación por parte de las dos entidades que ahora se enfrentaban en el centro de la arena.

Rafaela, envuelta en una intensa aura carmesí, parecía más una diosa de la guerra que una simple reina.

Su elegante y mortalmente entrenado cuerpo se mantenía erguido, blandiendo su espada de sangre con una ligereza casi provocativa, como si desafiara a Cabernet a dar el primer movimiento.

La espada viviente latía en su mano como una extensión de su voluntad, moldeada directamente de su sangre real: concentrada, afilada y con consciencia propia. Sus ojos violetas miraban a Cabernet con una concentración implacable, sin la menor vacilación. No había madre, esposa ni noble. Solo estaba el guerrero.

El Cabernet, por su parte, se alzaba al otro lado como un pilar del fin.

Su cuerpo estaba envuelto en una niebla púrpura y escarlata, partículas de energía de destrucción giraban a su alrededor como polvo de estrellas al borde del colapso.

Su cabello rojo ondeaba hacia arriba, ondeando como las lenguas vivas de un infierno privado. Sus ojos brillaban con un poder ancestral, destructivo y





absoluto. Blandía una espada negra de filo invisible: un arma forjada en la aniquilación pura, que no cortaba la materia, sino la existencia.

La tensión entre ambos era casi insoportable, como el instante antes de que un rayo caiga al suelo.

Raphaeline fue la primera en moverse. En un instante, su cuerpo desapareció entre la niebla del coliseo, apareciendo justo frente a Cabernet con un corte descendente tan rápido que el sonido solo llegó después: un rugido como un trueno en el alma.

Cabernet levantó su espada y se defendió, el impacto entre las hojas creó una onda expansiva tan intensa que la arena y las piedras de la arena volaron como metralla.

Sin decir palabra, los dos comenzaron una danza de la muerte.

Los cortes llegaban desde todos los ángulos, los bloqueos se sucedían con precisión milimétrica y cada golpe fallado era castigado con un contraataque devastador.

La espada de sangre de Raphaeline silbó, vibrando con el poder concentrado de su linaje, moldeándose y estirándose en formas imposibles, perforando el espacio como una daga viviente.

El Cabernet, en cambio, sonreía, aprovechaba cada instante, cada intento de golpe, para destruir el aire a su alrededor, convirtiendo el campo que le rodeaba en un mar de vacío, donde nada podía permanecer intacto.

El brutal avance de Rafaela hizo que su espada describiera un arco horizontal que atravesó tres pilares del coliseo del fondo.





Cabernet retrocedió con paso ligero, girando su espada y desatando una esfera de destrucción que se expandió hasta convertirse en un campo de fuerza. Al impactar contra el suelo, el impacto borró el terreno bajo sus pies a decenas de metros de distancia, revelando magma palpitante bajo el coliseo.

Raphaeline saltó por encima de la explosión, formando alas momentáneas de sangre sólida que la llevaron por encima de la nube escarlata de destrucción.

Desde arriba, alzó las manos y, con un gesto, decenas de espadas formadas con su sangre se proyectaron a su alrededor, como meteoritos a punto de caer. Con un movimiento de su dedo, se precipitaron hacia Cabernet, cada una impregnada de maldiciones, sellos y runas asesinas.

El Cabernet no se movió.

Giró sobre sí misma y simplemente alzó su espada hacia el cielo. A su alrededor, el aire comenzó a desaparecer.



Las espadas sangrientas, una a una, comenzaron a desmoronarse antes de tocar el suelo, convirtiéndose en polvo rojo. Las que lograron atravesarlo cayeron en ángulos oblicuos, pero fueron detenidas por un muro invisible hecho de su propia destrucción.

Raphaeline cayó detrás del ataque, sus pies agrietando el suelo debajo de ella, creando fisuras como raíces de árboles moribundos.

"¿Me estás probando, Cabernet?" Su voz era fría como el metal, pero sus ojos ardían.



"Si no lo soportas...", respondió Cabernet con una sonrisa pálida. "Significa que tenía razón, ¿no?"

Y entonces se desató el infierno. Cabernet corrió sin dejar que Raphaeline le respondiera.

El sonido de su avance fue como un trueno que resonaba desde arriba, pero su movimiento era tan grácil como el de una bailarina infernal. Con un solo golpe de espada, trazó un arco invisible en el aire, y una ráfaga de destrucción se lanzó como una guillotina horizontal.

'Idiota' Raphaeline se movió en respuesta, girando con la espada de sangre que se extendía como un látigo, interceptando el golpe con una ráfaga de energía que rompió la barrera erigida por Zafiro en la parte superior de la arena.

El público gritó.

Las barreras se ajustaron automáticamente, las líneas negras se reforzaron unas a otras mientras los demonios en las gradas intentaban no desintegrarse solo por la presencia del combate.

Raphaeline se acercó como un cometa, multiplicando su espada en mil cortes simultáneos. Cabernet contraatacó con la elegancia de una cortesana y la furia de un demonio ancestral, bloqueando con su espada y deteniendo con la palma lo que no pudo evitar.

El campo de batalla lentamente comenzó a ceder, como si la realidad comenzara a comprender que ya no podía contener a estas dos criaturas.





Cabernet saltó, girando en el aire y liberando un torbellino de destrucción en forma de loto negro, que sumió todo a su alrededor en la oscuridad. Raphaeline levantó un muro de sangre solidificada, que absorbió parte del impacto, pero aun así salió despedida decenas de metros hacia atrás, donde chocó contra un arco de piedra que se derrumbó bajo su peso.

Salió de entre los escombros con la cara manchada de sangre, pero sonriendo. Y entonces sacó la espada real.

De su propio pecho, Raphaeline extrajo una espada hecha de su núcleo. Un arma viva y palpitante que se alimentaba de la esencia misma de su sangre... «Minazuki».

La presencia de la espada lo cambió todo. El coliseo crujió, los espectadores se desmayaron o sangraron por los ojos. Incluso el Cabernet se detuvo un instante.

Con un movimiento ligero, Raphaeline cortó el suelo frente a ella. No hubo sonido. No hubo impacto. Pero el suelo se partió, un corte suave, como si el mundo hubiera sido dividido por un hilo de coser. Cabernet arqueó las cejas.

"Oh... la trajiste..." Cabernet levantó la vista, sonriendo... "¿Te atreves a usar esa habilidad otra vez, Raphaeline?", preguntó, haciendo una pausa mientras apuntaba su espada hacia el centro de la cabeza de Raphaeline.

—De verdad... hace tiempo que no uso mi Minazuki. Prepárense, se acabó el juego —dijo Raphaeline.

Cabernet estaba a punto de decir algo, pero... Raphaeline dio un paso al frente. Y entonces el mundo explotó cuando apareció frente a Cabernet.





Cada golpe iba acompañado de decenas de cortes secundarios, ecos de la espada divina que vibraba a través de la existencia, desgarrando capas de espacio y tiempo.

Se estaba impulsando el Cabernet, pero éste respondió con una destrucción tan absoluta que incluso los cortes dimensionales se estaban deshaciendo.

Cuando la espada del Cabernet tocaba algo, dejaba de existir. Piedra, magia, luz: todo se anulaba, absorbido por un vacío que ni siquiera el infierno se atrevería a llenar.

Intercambiaron golpes en el aire, en el suelo, sobre las nubes. La barrera de Zafiro ya había cambiado de color tres veces y temblaba.

Vergil observaba en silencio, con los brazos cruzados y una expresión grave en los ojos.

Roxanne ya estaba comiendo otro trozo de pastel.

Ada saltaba como una niña con el cartel en sus manos.

Stella rió discretamente.

Zafiro, sin embargo, empezaba a sudar. Hacía siglos que no veía algo así. Y ni siquiera ella sabía quién saldría con vida.

Finalmente, Raphaeline logró romper la defensa de Cabernet. Un golpe directo en su flanco hizo volar sangre oscura.





Pero Cabernet respondió en el mismo instante, con un corte horizontal de pura destrucción que recorrió el cuerpo de Raphaeline, que casi perdió la mitad de su pecho en el proceso.

Ambos retrocedieron con dificultad. Raphaeline jadeaba, la sangre goteaba de sus dedos sobre la herida abierta. Cabernet, mientras tanto, presionaba el costado de su cuerpo donde la hoja de sangre la había atravesado, manchando la armadura negra con un tono oscuro y espeso, casi como aceite cósmico.

La arena estaba completamente irreconocible. Donde antes había mármol negro e inscripciones arcanas, ahora yacía un cráter hirviente. Las rocas flotaban suspendidas en el aire, envueltas en inestabilidades gravitacionales generadas por el exceso de magia residual. Cada soplo de viento no traía polvo, sino fragmentos de energía pura, que chispeaban y se rompían antes de tocar el suelo.

Raphaeline se levantó lentamente; las alas de sangre volvieron a emerger de su espalda. Pero esta vez no eran hermosas ni simétricas. Estaban rotas, titilantes. Aun así, las abrió con orgullo.



"Cabernet...", dijo con una sonrisa torcida. "¿Sabes por qué nunca he perdido una guerra?"

Cabernet arqueó una ceja, aún de pie a pesar de la sangre que le goteaba de la cintura. "¿Porque eres demasiado terco para morir?"

Raphaeline rió, escupiendo sangre. "Además... Pero es porque lucho por algo más grande que yo misma. Por eso... Minazuki todavía me escucha."



Alzó su espada una última vez, y la hoja latió con una intensidad nunca vista. El cielo sobre la arena comenzó a abrirse, revelando algo que no era espacio, sino un velo de sangre ancestral, tan denso como un océano vertical.

Del tejido del cielo, cadenas carmesí comenzaron a caer, unidas a la empuñadura de la espada de Raphaeline como si tirara del alma misma del mundo. Cada cadena atrapaba una parte del aire, la tierra, la energía... inmovilizando todo lo posible.

Era el "Cierre Carmesí", la técnica suprema de Raphaeline, capaz de sellar realidades enteras mediante la sangre. La moneda celestial suprema. Sangre.

Cabernet observó en silencio. Y entonces... sonrió.

"Siempre quise ver esto con mis propios ojos." Entonces levantó su espada y la clavó en el suelo. La destrucción se extendió como un virus: rápida, invisible, destructiva. Las cadenas comenzaron a deshacerse antes de que pudieran aferrarse.



Una parte del cielo sangriento fue absorbida por la hoja de Cabernet, que ahora pulsaba en un tono oscuro y hambriento.

"Pero ahora... verás el mío." Con un chasquido de dedos, Cabernet activó su verdadero poder: la Entropía Suprema.

Todo en el coliseo empezó a envejecer. Las piedras se desmoronaron, la energía se desvaneció, las llamas se extinguieron sin oxígeno. Incluso la luz dudó en brillar allí. El tiempo parecía distorsionado, arrastrándose a su alrededor, como si se negara a tocar su existencia. Era la antítesis de la creación.



El Cabernet se convirtió en un vórtice del fin: no sólo de la destrucción de la materia, sino del concepto.

—¿Pretendes deshacer mi técnica... con el fin del tiempo? —preguntó Raphaeline, casi con reverencia.

"Tengo la intención de deshacerlo todo. Incluyéndote a ti", dijo Cabernet antes de alzar su espada al cielo. "Tú empezaste esta mierda", dijo nerviosa. Dijo nerviosa. "Ahora soporta el fin del tiempo cayendo sobre ti". Hizo una breve pausa antes de que una enorme ola de energía lo consumiera todo.

La barrera de Zafiro se convirtió en polvo, desintegrada por un poder que trascendió incluso las fuerzas que la habían creado.

"Técnica Máxima: ¡Destrucción del Mundo!" entonó Cabernet, su voz llena de una furia serena y apocalíptica.



El cielo del infierno se tiñó de un negro absoluto, una brea que engulló las estrellas, la luz, el sonido; incluso la esperanza pareció flaquear ante él. Las llamas del inframundo fueron absorbidas por sombras que no solo cubrieron, sino que consumieron. El suelo crujió, las montañas lloraron. Todo tembló bajo el peso de la sentencia que Cabernet acababa de dictar. Sus ojos, dos lunas carmesí, estaban fijos en Raphaeline, sedientos del fin.

Pero antes de que la devastación descendiera sobre todo, una segunda voz atravesó la realidad con una calma divina:

"Técnica definitiva: Reencarnación de sangre celestial", declaró Raphaeline, con la mano extendida y su cabello flotando en un torbellino escarlata.

El tiempo se estremeció.

Y entonces... se detuvo.

El mundo demoníaco se congeló. Los ríos de lava cesaron. Las corrientes de viento se estancaron. Ningún sonido, ningún movimiento, ni siquiera la idea de la existencia parecía atreverse a avanzar.

Era como si el mismo infierno contuviera la respiración.

